

Un asesino en serie rinde un particular homenaje  
a Vázquez Montalbán en cada uno de sus crímenes...

# En el umbral de la muerte

EDUARD PASCUAL



# En el umbral de la muerte

Eduard Pascual

**Rocaeditorial**

© Eduardo Pascual, 2010

Primera edición: octubre de 2010

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-140-0  
Depósito legal: M. 38.107-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A Lluïsa, mi esposa.  
Sin ella, esta novela carecería de sentido común.

## Leer antes de suponer

Las acciones y también las omisiones de esta novela discurren en el Alt Empordà, una comarca catalana al nordeste de la Península Ibérica, limítrofe con la vecina Francia. Los hechos están situados en un presente inmediato y alternativo.

He procurado reproducir escrupulosamente los mecanismos de investigación del cuerpo de policía de los Mossos d'Esquadra, por ser éste el que tiene las competencias de seguridad ciudadana en Catalunya, pero hay que destacar que son similares a los de cualquier otro cuerpo de policía.

La historia que está a punto de leer no ha sucedido jamás, ni se basa o inspira en ningún hecho real conocido. Ni uno solo de sus personajes refleja ni interfiere con la realidad. En mi descargo como especialista en investigación criminal del cuerpo de policía de los Mossos d'Esquadra, cabe anunciar que cualquier paralelismo, coincidencia o parecido que pueda encontrarse es atribuible únicamente a una trampa del inconsciente del autor, o a una suerte de desagradable coincidencia. En cualquier caso, no resto importancia a la existencia real de la página web <http://www.bookcrossing-spain.com>; al merecido homenaje que aquí se pretende hacer a la verdadera obra de Manuel Vázquez Montalbán y a la ciudad de Figueres, en cuyas calles reales transcurre toda esta ficción.

EDUARD PASCUAL

«La paranoia es sólo una psicosis crónica caracterizada por un delirio más o menos, mejor o peor sistematizado que implica desorientación, que no debilitamiento intelectual, aspecto que no creo que Vds. puedan apreciar en mí. Una interpretación etimológica de la palabra tampoco me satisface: *locura o desorden del espíritu*. ¿Se han mirado Vds. el espíritu en el espejo de espíritus?»

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN  
*El estrangulador*

«Nada hay que irrite tanto a un estrangulador, si es de raza, como verse implicado en cualquier clase de reparto de felicidad.»

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN  
*El estrangulador*

«Un policía debe saber dónde se cometen todos los pecados del mundo, pero no cometer ninguno.»

RICARDO MAGAZ

**E**l Estrangulador se encuentra en la Plaza de la Estación de Figueres. Daniel Oliu, estudiante de informática de sistemas de la Universidad de Girona, lo acecha desde hace más de media hora. La caza se inició un par de horas antes, al conocer su liberación por internet. Con la noticia, Daniel se ha obligado a dejar de lado la clase de teoría de algoritmos y codificación de datos prevista para esa mañana. Ahora espera no fallar en su primera caza y estar listo para la hora de comer, aunque ha pensado tomarse el resto del día libre para disfrutar de la captura. Sin embargo, las cosas no están saliendo como había previsto.

La Plaza de la Estación de Figueres es un santuario de plátanos centenarios, de grueso tronco y marcados por las heridas típicas de la variedad y el paso del tiempo. A su sombra, los turistas se avituallan en las terrazas de un par de bares antes de iniciar el ascenso al museo Dalí, principal aliciente cultural de la ciudad.

Son las diez y media de un joven y corrosivo verano. Del tren procedente de Barcelona acaban de apearse un aluvión de individuos en pantalón corto y camisas anchas de vivos colores. Algunos toman posiciones en los bancos del parque; otros pocos acuden a la parada de taxis. Los menos simplemente se toman de la mano y caminan sin rumbo, perdidos en una ciudad por descubrir.

Los ancianos, habituales centinelas de esta puerta de la ciudad, conversan junto a la fuente del parque. Vierten sus ajados ácidos sobre la anodina política social del asfixiado go-

bierno socialista, en el centro del huracán por la larga crisis financiera.

Inmigrantes magrebíes, con más hambre en la cara que en el estómago, se mueven lentamente entre los plátanos. Con las manos en los bolsillos, observan en silencio el leve ajeteo de turistas, a la búsqueda de un «primo» fácil al que sustraer la cartera o el bolso entero si tercia el despiste.

Dos indigentes, sentados en otro banco, parecen conversar sobre la cantidad de pulgas que habitan las cuatro patas del perro que descansa a sus pies, atado a una cuerda de esparto de aspecto cetrino.

Con todo, la plaza ofrece la escena habitual de cualquier estación de tren en cualquier ciudad del mundo. Todo parece inalterable al rastro del Estrangulador que él busca.

En su camino al interior de la estación, Daniel husmea entre los restos de una papelería, con cuidado de no mancharse pero sin perder detalle de cuanto hay en ella. Nada destacable: papel de envolver helados, una botella de agua vacía y tres latas de refresco también vacías.

14

Entra en la estación. Traspasa el vestíbulo, atestado de viajeros en dirección a los andenes, y accede desde allí a los lavabos públicos. Todo está sucio y encharcado de orín. Una de las dos puertas de acceso a los retretes está cerrada por dentro; la otra presenta un agujero en el centro que permite ver el interior, vacío, y la taza llena a rebosar de una mezcla de papel y heces oscuras. Las moscas zumban en el pequeño espacio, peleándose por el festín de mierda que, piensa, arrancarían una arcada de repugnancia al mismísimo inspector Dan. Con el olfato ofendido, decide que allí tampoco va a encontrar lo que busca.

De nuevo en el exterior, al aire viciado de creosota tan habitual en todas las estaciones de tren, Daniel desanda su camino y vuelve a la arbolada plaza frente a la estación.

El mensaje aparecido en internet era enigmático, pero todo lo conciso que cabe esperar en una caza de este tipo: «A la sombra de la estación, el Estrangulador espera ser capturado». Esa parte la tiene clara; está seguro de que se encuentra en la plaza, no en el interior de la estación. La sombra de los plátanos sobre los ornamentos indica que su objetivo está allí, pero



¿dónde? Hay unas treinta o cuarenta personas transitando el espacio, y tal vez unas quince o veinte sentadas en diversos rincones.

Dicen los cazadores experimentados que cierto grado de desesperación y ansiedad en la primera cacería entra dentro de la lógica. Lo que no es tan natural es que el propio cazador se convierta en presa.

El Estrangulador observa la plaza frente a un café con hielo. Está escondido tras un periódico abierto con cara de ser un buen hijo de vecino. Casi enseguida se da cuenta de que aquel muchacho de gafitas redondas, de no más de veinte años y vestido con ropa juvenil cara, medallón tipo runa escandinava y sandalias de marca, es el Cazador.

El Estrangulador ha sopesado a todos y cada uno de los transeúntes que pueblan la plaza de la estación esta mañana. El muchacho *new age* es el único que se mueve sin un rumbo fijo, de una papelera a otra y sin nada en las manos: ni bolsas, ni mochilas que hagan presumir que se trata de alguien de fuera que viene a la ciudad de visita.

Que el chico lo encuentre es cuestión de tiempo. Se levanta de la mesa, paga al camarero en la barra y sale del bar justo cuando el Cazador se acerca demasiado. El Estrangulador tiene que matar, el juego del terror no ha hecho más que empezar y todas las piezas están en el lugar adecuado. Se estremece de placer con sólo imaginar lo que viene a continuación.

No hay motivo para desesperarse, pero los nervios le están jugando una mala pasada. El Estrangulador no ofrece facilidades y Daniel empieza a pensar que tal vez otro Cazador lo ha encontrado antes que él. Convencido de que ése es el motivo de su fracaso hasta el momento, saca el papel que lleva doblado en el bolsillo y vuelve a leer el contenido de la nota, que ha impreso en su ordenador hace sólo un par de horas:

La liberación del Estrangulador en Figueres es inminente. En la sombra de la estación, el Estrangulador espera ser capturado en la mañana del primer día de verano. Los poros de la

madre naturaleza lo retendrán hasta que un cazador dé con su paradero y conozca sus muertes.

Daniel recita en un susurro esas palabras, parado frente a la plaza, de espaldas a la entrada de un bar de desayunos atiborrado de gente. Alguien lo empuja discretamente para que se haga a un lado. Daniel pide disculpas por entorpecer la salida del local y se aparta para dejar el paso libre. Entonces, con la cabeza en alto otra vez, lo ve. Asoma de uno de los plátanos de la plaza. El Estrangulador está allí mismo, en uno de los «poros de la naturaleza», como dice la nota abandonada en internet.

Los plátanos son árboles de tronco grueso, capaces de sobrevivir a varias generaciones. Las heridas del tiempo provocan en ellos enormes agujeros en el tronco. Los plátanos de la Plaza de la Estación de Figueres sufrieron el horror de la Guerra Civil Española como si aquello no fuera con ellos, pero las marcas del tiempo pasado son auténticas moradas para las palomas y estorninos que ensucian la ciudad. El Estrangulador está allí mismo, en uno de los plátanos, esperando ser cazado.

16

Si no hubiera levantado la cabeza de la nota en el momento en que aquel hombre lo había empujado, con seguridad jamás lo habría visto. Tal era su escondite, sólo observable si se sabía dónde mirar y desde la posición adecuada. El bar El Cazador era, sin ninguna duda, el único punto de observación que había pasado por alto en aquella, su primera cacería. Era necesario saber qué buscar, pero aquel hombre lo había ubicado en la posición correcta para la localización. Daniel toma nota mental de los detalles que no deben escapársele nunca más en una búsqueda y cruza la calle para apresar al Estrangulador.

Se acerca con paso decidido, de cara y sin rodeos. El plátano no iba a moverse, pero Daniel ya ha perdido demasiado tiempo en su localización. El chico apoya un pie en un tocón del árbol y se impulsa hasta asirse con una mano de una rama baja. Introduce la mano libre en uno de los muchos agujeros del tronco y coge el libro.

Cuando vuelve a tener ambos pies en el suelo, mira la portada y lee: *El estrangulador* de Manuel Vázquez Montalbán. Sonríe y, con él bajo su brazo izquierdo, inicia la vuelta a casa; la caza ha finalizado.

O tal vez sólo acaba de empezar...

## Y

En su habitación, Daniel se sienta sobre un cojín gigante de piel sintética y relleno de bolitas de poliestireno expandido. La primera sensación es de ingravidez; con su peso, el aire sale a presión y las bolas se adaptan al chico, creando un molde perfecto de su cuerpo. Cierra los ojos con la cabeza echada hacia atrás y una sonrisa de satisfacción se perfila en sus delgados labios.

Daniel mira el libro recién cazado. Se trata de una edición de la editorial Mondadori del año 1994. Bajo la tapa anaranjada, las hojas están amarillentas. La portada muestra un dibujo en color de una mujer desnuda en posición casi fetal y con los ojos cerrados; es un simple recuadro en la mitad superior del libro. Sobre el dibujo, en letras grandes, se descubre el nombre completo del maestro del género negro en España. Bajo la mujer, el título del libro en letras precisas y frías.

Levanta por primera vez la tapa para comprobar el número de Identificador Bookcrossing, popularmente conocido como BCID,<sup>1</sup> que deberá introducir en la web de Bookcrossing Internacional antes de poder detallar las notas de su captura. Ya le tocaba a Daniel inscribir su primera caza. Por primera vez en todo el día, se siente orgulloso de sí mismo. Sin embargo, al levantar la tapa de cartón, sus cejas se alzan de sorpresa al encontrar muchas otras cosas.

Bajo el BCID, en la primera página en blanco del libro, Daniel encuentra una anotación que lo deja perplejo. Alguien ha escrito, con bolígrafo azul y letra forzada, el anuncio de un asesinato. Por un instante, Daniel piensa que la gente tiene una

1. Del inglés Bookcrossing Id. BookCrossing es la práctica de dejar libros en lugares públicos para que los recojan otros lectores que después harán lo mismo, anotando en una página web el recorrido de los mismos. El BCID es un número compuesto de una parte secreta y otra pública. La primera es necesaria para poder hacer entradas en el diario de viaje del libro. Es un dato conocido también por quien lo registra y libera, y su cometido principal es asegurar que nadie más que quien ha «cazado» el ejemplar podrá publicar una nota en su diario.

imaginación demasiado macabra y resta importancia al asunto con un acentuado encogimiento de hombros. Hojea las páginas, huele el perfume a olvido que desprenden los libros enterrados por el tiempo en una librería anónima y pasa del asunto. Al menos hasta que, dos días después, la periodista de sucesos Teresa Sallent, del periódico *El Punt*, se hace eco de la noticia de la muerte de una joven en las mismas circunstancias que allí se describen.

Los amantes se besan al claro de luna. Las caricias son suaves y la espuma, esencia de pasión. El beso se intensifica en cada embestida de él. Ella, por su lado, recibe el empuje en su vasta extensión. El amor toma forma en un murmullo y cuaja en cada movimiento, rítmico y cadencioso. Una caótica armonía que inunda el alma de los mortales en vaharadas de deseo.

El sargento de la Unidad de Investigación de la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Figueres, Josep Flores, los mira en silencio. Pasea con las mangas de la camisa, ancha y de algodón, recogidas en un par de dobleces informales; con las manos metidas en los bolsillos del pantalón chino, fresco y claro como esa noche en la que el mar besa incansable a su amante, la playa. A orillas del Mediterráneo, la bahía de Roses es su privilegiado encuentro con la paz y la tranquilidad. Siempre le ha gustado mirar el suave vaivén del mar al roce de la medianoche. Hoy se muestra sereno y la tierra, suave al andar.

A lo lejos quedan las luces del puerto deportivo y los hoteles de primera línea de mar. Ruido de luz que infesta de humanidad aquello que en algún tiempo sin memoria era agreste y salvaje: *els Aiguamolls de l'Empordà*. A su derecha bulle Empuriabrava; a su izquierda la bahía de Roses. Él camina por la quietud de la playa, cerca de Santa Margarida.

Unos cuantos pescadores de caña liman sus asperezas con la jornada laboral. Otros, bohemios amantes de la noche, gritan su arte construyendo enormes estatuas de arena húmeda que deleitan a los pocos transeúntes que caminan por el paseo

construido por el hombre; todo por unas pocas monedas de extranjeros que aún salvan la Costa Brava cada año.

El policía lleva un rato pensando en otros policías; algunos que están lejos. En su amigo, el sargento Francesc Montagut, fallecido tiempo atrás, en aquellos otros que están cerca y que inundan su vida de prisas, de angustia por una labor cada año peor reconocida. Su mente se ancla otra vez en el amor. Flores cabecea en su ensimismamiento para retirar la palabra de su mente, pero, enseguida, ésta es sustituida por la imagen de una mujer, alguien que no consigue apartar de sus sueños.

Es la historia de cualquier hombre con una vida cualquiera, siempre al borde de la locura que encontramos socialmente normal. Él, un sargento de policía, está enamorado silenciosamente de su subordinada. Sí, sueño de locos o incautos, y él no se tiene por ninguna de las dos cosas, o tal vez sí.

El otro extremo de la cuerda está ocupado por otra mujer. A su modo de ver, cometió el error de casarse a los veintipocos años con un putón verbenero que aún le amarga la existencia pese a llevar cinco años y medio divorciado.

20

—Al final va a ser que lo mejor es hacerse maricón para quitarse de la cabeza esta debilidad.

No espera respuesta, está solo en su paseo, y naturalmente no la obtiene. En su lugar, alza la cara a la luna y se detiene con el agua salada acariciándole los tobillos.

—Estoy cansado, Luna. No me mires con esos ojos de lagartona y tómate en serio de una vez mi locura. ¿Qué hago con esta mujer? ¿Qué coño hago con mi puta vida? El amor es esa mierda que te agujerea el alma. No me convence, así que no me digas que me deje llevar. Y no, tampoco puedo evitar sentirme atraído por ella.

La luna hierve de luz al aliento caliente del aire. El teléfono móvil del sargento vibra en el bolsillo superior de la camisa. La melodía del verano se interpone entre sus pensamientos y la imagen iracunda del satélite natural.

—¿No contestas, Luna? Pues vete a la mierda. —Flores le da la espalda al mar y a todo el encanto salvaje de esa noche de verano. Coge el teléfono y mira la pantalla iluminada. Sonríe con una mirada de soslayo a la luna y pulsa el botón de respuesta—. Dime, Sonia. Ahora mismo estaba pensando en ti, fíjate...

—Lamento despertarte, jefe.

—Estoy despierto. De hecho, estoy paseando por la playa, pero no me llamas para preguntarme dónde estoy ni para invitarme a tomar una copa, ¿verdad?

La voz de la mujer tarda un instante más de la cuenta en responder. Flores se la imagina buscando el significado oculto del mensaje.

—Pues va a ser que no. Tenemos un cadáver.

—Tenemos montones a lo largo del año y no me llamas nunca a las doce de la noche para contármelo.

—No bromees, sargento. En realidad tenemos dos cadáveres; uno de ellos es un poli: un mosso de patrullas de servicio.

Ahora es Flores quien se toma un microsegundo más de tiempo para asimilar todo lo que eso significa. Un poli muerto en el ejercicio de sus funciones... Mal rollo.

—No bromees, cabo. —Flores corre hacia el paseo en busca de su coche—. ¿De qué va esto? ¡Al grano!

—A eso iba. Una llamada anónima al 112 alertaba de alguien merodeando en un almacén del polígono industrial del Pont del Príncep, en Vilamalla. El jefe de la sala de coordinación policial envió a una patrulla y al poco la mosso de la pareja solicitó ayuda por radio y una ambulancia. Al parecer, alguien les disparó. Su compañero cayó herido y ella se ha cargado al agresor.

—Olé sus cojones. —Es el único comentario que el sargento Flores se permite antes de informar a Sonia de que ya está en camino. Lo que está a punto de revelarle Sonia le golpea duramente.

—El mosso ha muerto antes de que llegara la ambulancia.

—¡Mierda!

—Se trata de Jordi Bastiot, Pep.

El silencio establecido en la línea es roto de nuevo por la cabo Sonia Mora.

—Otra vez mierda, Sonia, mierda con cebolla. Dame la dirección. En treinta minutos estoy allí.

Jordi Bastiot era un agente adscrito al servicio de Seguridad Ciudadana de la comisaría de Figueres desde que ésta se abriera en marzo de 1997. Flores y él, junto con un par de agentes de aquella época, habían compartido un apartamento en el

Turó Park poco más de un par de años. La amistad les había unido desde entonces, pese a que Flores es un salvaje con la palabra y Bastiot era un cándido del verbo.

«Y ahora está muerto —piensa—. Le darán una asquerosa medalla de oro con distintivo rojo por entregar la vida en una mierda de aviso de posible robo, y a esperar quién cae el siguiente.»

Pese a que el sargento Pep Flores imprime una rabiosa fuerza vital al acelerador de su Toyota todoterreno, llega dos horas después de que su amigo haya sido abatido de un disparo en el corazón. Desde que Sonia lo ha llamado apenas han pasado veinte minutos, pero en todos los actos criminales, paradójicamente, la Unidad de Investigación es siempre la última en enterarse de todo.

22

Esos preciosos momentos, en muchos casos determinantes en una investigación criminal, son el ojo del huracán de la noticia. Hay mucha gente a la que informar en la cadena de mando. Son varios los servicios que hay que coordinar ante el escenario de un crimen, y en el lugar suelen personarse los jefes de servicio para ver por sí mismos el alcance real del problema antes de comunicar cada cosa. La lógica aconseja siempre informarse del máximo número de detalles antes de dar a conocer un delito grave, porque las preguntas se agolpan en el oído de quien sostiene al teléfono la comunicación del asunto. A Flores sólo le importan dos cosas cuando le informan de un presunto homicidio: que nadie contamine la escena del crimen y llegar antes que un juez al levantamiento del cadáver.

Con todo, dos horas es un espacio de tiempo exagerado y su propia sangre le colorea el rostro por la ira que siente. Habría que volver a discutir sobre los protocolos de comunicación y eso siempre le pone de mal humor.

Sonia está ya en la entrada del almacén, que resulta contener ruedas de recambio. ¿A quién coño puede interesarle robar ruedas de recambio? ¿Iban armados? ¿Cuánto vale la vida de un policía? ¿Qué mierda está pasando allí? El sargento se hace demasiadas preguntas y todas ellas necesitan la respuesta que no tardará en encontrar.



En el centro del almacén dos hombres yacen sin vida. La cinta balizadora de la policía se halla extendida en un cuadrado casi perfecto, con un canal de entrada a la escena del crimen debidamente señalizado. Nadie no autorizado osaría cruzar la línea a menos que el juez de guardia ordenase el levantamiento de los cadáveres y el servicio de la funeraria los hubiera retirado. Hay veces que ni siquiera eso es suficiente y los agentes de la Policía Científica, a las órdenes de Flores, mantienen el lugar vigilado mientras sigue la requisita de indicios o pruebas del delito. Éste no parece que vaya a ser el caso.

—¿Cuánto hace que ha llegado el doctor Martí Pons, Sonia?

—Diez minutos, ¿cómo lo has sabido?

—Huele a maricona.

Sonia menea la cabeza de un lado a otro.

—Ese olor se llama perfume y el forense demuestra tener mucha clase utilizándolo.

—Lo que tú digas.

El hombre está arrodillado frente a uno de los cuerpos. La espalda del médico oculta por completo la imagen de la cara sin vida del policía. Flores se para un momento, toma aire y encierra sus propios sentimientos dentro del cajón de los juguetes en su mente. Toca ser profesional.

—*Doc* —dice a modo de saludo—. ¿Qué opinas?

El forense se gira para encarar al sargento.

—Un disparo en el corazón. Buena puntería, el agujero es del calibre 9 mm corto, como la que tiene ese desgraciado en la mano. —Señala el otro cuerpo tendido en el suelo, unos tres metros más allá—. Él tiene otro del mismo tamaño en la cabeza. —Se señala a sí mismo con el dedo índice por encima de la ceja derecha, muy hacia fuera—. La diferencia es que éste —vuelve a señalar al policía sin vida— aún conserva la bala dentro y a aquél la salida le ha destrozado el parietal derecho. Muerte al instante, seguro.

—Ya. Al parecer le ha disparado la compañera. —Flores señala con la barbilla a su amigo muerto—. ¿Puedo?

—Por supuesto, están bien muertos. En cuanto venga su señoría, por mí, los pueden trasladar al depósito. Mañana a primera hora abro a uno y, antes de comer, al otro. Tus hombres de Científica ya han realizado todo el trabajo previo; mañana

más. —El doctor Martí Pons se levanta pesadamente, sujetándose las rodillas—. Te espero fuera. Por cierto, huelo a aceite de vetiver con una base de sándalo. Tonifica después de la ducha. Pruébalo.

Después del comentario del forense, Flores rehúye la mirada recriminatoria de Sonia y se arrodilla ante el cadáver de su amigo para inspeccionarlo. Le toca la cara, blanca como el mármol, fría como el acero. Le toca los cabellos en una caricia antes de seguir adelante. Al inspeccionarlo de cerca, se detiene en un detalle que le había pasado desapercibido al principio: el color de los labios arroja una brizna de morado artificial en la comisura izquierda.

—Sonia, tráeme al mosso de Científica, por favor.

No hace falta que la cabo Sonia Mora se mueva.

—¿Sargento?

—Ah, hola, Grau, no te había visto. ¿Habéis acabado ahí detrás?

—No, hay mucho por hacer todavía. No tengo nada que ofrecerte que no puedas ver con tus propios ojos.

24

—No te preocupes, haréis un buen trabajo. Dime, ¿qué es eso que tiene en los labios?

El cabo de la Policía Científica se inclina sobre el cuerpo del agente en el punto en el que señala Flores. Al poco, rebusca en uno de los múltiples bolsillos de su chaleco y extrae una lupa para observar con más detalle la sustancia depositada en los labios.

—Parece carmín, Pep.

El sargento Flores examina la mano izquierda del policía muerto y descubre en el dorso unas motas grasientas del mismo color morado encontrado en los labios. El cabo Grau toma unas fotografías del detalle de los labios y de la mano. Cuando termina de recoger muestras de esa sustancia con un bastoncillo largo de algodón, que guarda en un bote especial, deja solo a Flores ante el cuerpo.

El sargento de Investigación le pasa a su amigo el pulgar por los labios. Cierra los ojos y huele la sustancia impregnada en su dedo antes de dirigirse al otro desgraciado.

Lo reconoce enseguida: el otro muerto era un carterista habitual echado a perder por las drogas, un piquero de los finos

que no cuadraba en aquel escenario. Aparta la pistola de su mano, el dedo del gatillo y la cache metálica de la palma derecha. Entrega la pistola, una Star S Súper —una antigua joya española de dotación reglamentaria en el Ejército y la Guardia Civil—, a uno de los policías de Científica que espera con una bolsa abierta.

La herida del disparo es nítida: un asqueroso agujero sanguinolento en un lado de la frente. Del otro lado, la cabeza está destrozada por el punto del que salió la bala; exactamente como había anunciado el forense. Flores mira en la dirección aparente en la que debió de salir el proyectil y observa cómo otro mosso recoge, en un depósito especial, la bala, extraída de un neumático de entre los cientos almacenados, y se la entrega a Grau.

De pronto, Flores siente náuseas, el fuerte olor a caucho le provoca una arcada y se promete probar la mariconada esa a base de aceite de lo que sea que le ha aconsejado el forense. Cuando sale al exterior, lo único que tiene en mente es hablar con la patrullera que formaba pareja con su amigo Jordi Bastiot. Ella es la clave que necesita.

La agente está con el jefe de servicio sentada en el suelo, con la espalda apoyada en su propio coche patrulla y la cabeza hundida entre las manos. El sargento de uniforme, jefe de servicio de la Unidad de Seguridad Ciudadana, levanta una bolsa de plástico en la que está el arma de la joven policía. Flores hace un gesto con la cabeza a su homólogo, agradecido, y mira a la patrullera.

—¿Qué ha pasado?

—Nuestra Sala Operativa nos informó de una llamada anónima —responde ella, y prolonga el silencio posterior hasta encontrar el valor suficiente para levantar la mirada hacia su interlocutor—. La alarma había saltado y encontramos la puerta abierta. Al principio no vimos a nadie, así que nos separamos en la creencia de que, quien fuese, ya habría salido de allí; estos servicios son así, ya lo sabéis. Ese tipo apareció de pronto con un arma en la mano. Disparó a mi compañero —Flores no la interrumpe mientras se limpia las lágrimas, que arrecian conforme avanza la historia, pero no pierde detalle de su cara en toda la explicación—, y no esperé a que hiciera lo

mismo conmigo. Disparé y cayó al suelo en medio de una convulsión. Le di en la cabeza, pero no murió en el acto.

—Es que estuviste a punto de fallar. Supongo que lo mataste al momento, pero su cuerpo todavía quería huir, por eso se movía involuntariamente. —El sargento Flores se encoge de hombros—. Como un pavo en Navidad, que huye después de cortarle la cabeza hasta que cae, ¿entiendes?

La agente lo mira con un odio incontenible que destila latigazos de energía invisible. Los funerarios sacan el primer cuerpo. Sonia llega a su lado y le informa de que se trata del cuerpo de Bastiot y de que la jueza quiere verlo de inmediato. Flores no hace caso y mira de nuevo a la agente de uniforme. «Su Señoría aún puede concederme unos minutos mientras ordena el levantamiento del segundo cadáver», piensa.

El sargento menea la cabeza y señala al policía muerto.

—Tu padre era guardia civil, ¿verdad? —La mujer asiente y lo mira sorprendida—. ¿Cuándo le has besado, Inma, antes o después de matarlo?

26 —¡Flores! —se adelanta Sonia.

—Eres un hijo de puta, Flores. No tiene ninguna gracia. Yo no tengo nada que ver con la muerte de Bastiot.

La cara de la agente de policía se demuda a un rencor explosivo, con un brillo en los ojos que Flores interpreta como la luz de la locura. El sargento de uniforme sujeta a su agente por los hombros.

—Eso dicen todos, guapa. Soler, ponle las esposas, está detenida por la muerte de estos dos hombres.

—¿Sargento...?

—¡Que le pongas las esposas a esta zorra, coño!

La situación se torna tensa, la noche no abriga calor humano. El sargento Soler está indeciso. Finalmente, toma la orden de su homólogo como una locura que no está dispuesto a seguir y se queda inmóvil mirando a Flores. El sargento de Investigación lo aparta de un empujón y pone a la mujer policía contra el coche patrulla. En la acción ésta se golpea con el borde de la puerta, lo que le provoca un pequeño corte sangrante en la frente. Flores le sujeta los brazos a la espalda y le pone las esposas que le tiende Sonia.

Asqueado, se vuelve hacia el cuerpo de su amigo, dentro de

una bolsa de nailon negro, reposando en una camilla de transporte del servicio funerario. Pone una mano temblorosa sobre su cuerpo y medita antes de explicar lo que sabe.

—Me contó que estabas obsesionada con él... Tiene carmín en los labios, pero Bastiot jamás te hubiera besado, era homosexual, ¿no lo sabías? No sé cómo te las has arreglado para meter al otro mequetrefe en este juego, ya lo averiguaremos, pero está claro que tampoco sabías que el indigente al que te has cargado era zurdo: le has puesto la pistola en la mano derecha.

Todos mantienen el silencio impuesto por el alegato del sargento Flores.

—¡Soler! —grita señalando al sargento de Seguridad Ciudadana—. No te atrevas a cuestionarme nunca más. Traslada a esta mujer a los calabozos, y que se cambie de ropa, no quiero que vista ese uniforme.

—¡Sargento!

El sargento Flores se da la vuelta para encontrarse de cara con Albert Fontanals, un agente en prácticas destinado a la Unidad de Investigación por decisión directa del jefe de la comisaría, el inspector Héctor Espígol.

—¡Anda, la hostia! ¿Tú también estás aquí? No te pierdes una, ¿eh, chaval?

—Sargento, acaban de anunciar la localización de otro cadáver.

Flores lo mira detenidamente.

—¿Qué quiere decir exactamente «otro cadáver»?

A primera hora de la mañana, ya en comisaría, el sargento Josep Flores detalla, en una reunión improvisada en el despacho de la Unidad, las primeras actuaciones relacionadas con la localización del cadáver de Miriam García en su casa de Vilasacra. La ha encontrado su compañera de apartamento, Sol Bermúdez. Ambas chicas vivían juntas desde hacía seis meses. Resolvían su vida por separado, pero bajo el mismo techo.

28

Casi al mismo tiempo, las noticias de la mañana en la televisión catalana se centran en la comisaría de Figueres. Primero la noticia del indigente y el mosso asesinado por su compañera de patrulla. Después, el extraño y misterioso asesinato de la chica. Entre tertulianos de dudosa capacidad, la periodista de TV3 ventila las opiniones de los vecinos en el magacín matinal. Según éstos, ambas mujeres son unas chicas magníficas, muy educadas, de las que no cabe efectuar queja alguna.

—Ya sabéis que para los vecinos de una víctima, ésta suele ser siempre una persona ideal. —Aún con el peso de la muerte de Bastiot en el alma, Flores reparte la mirada entre todos los agentes congregados. Se le nota que no ha dormido, pero no es el único en la Unidad—. Eso no es un obstáculo para que cumpláis con vuestra obligación de interrogar a fondo a los vecinos de los domicilios anexos a los de las víctimas: pisos superiores, inferiores y adyacentes. Alguien puede haber visto u oído algo.

El sargento sostiene una larga pausa en su discurso que utiliza para buscar la atención de los agentes congregados.

—Para información de todos —continúa—, a eso de las dos de la madrugada la señora Sol Bermúdez ha descubierto el

cuerpo sin vida de Miriam García. Estaba tumbada, completamente desnuda, en la única cama que hay en la vivienda, de dos metros de ancho por otros dos de largo; a buen entendedor, pocas palabras bastan: parece claro que ambas compartían algo más que un techo. Tenía los ojos cerrados y, según el acta de inspección ocular practicada por el cabo de Científica, aquí presente, el cuerpo olía a limpio. Buen detalle, Grau.

»La señora Bermúdez únicamente ha destacado en su declaración que lo que más le ha llamado la atención en cuanto la ha visto en la cama ha sido una flor sobre su vientre y la inusitada palidez de su piel. Por el acta sabemos que la flor es una rosa fresca sin más valor para la investigación si tenemos en cuenta su naturaleza fungible, pero de vital importancia porque, de momento, desconocemos el motivo por el que estaba sobre el cuerpo. Resulta un indicio de los pocos recogidos en el domicilio y se encuentra en cadena de custodia en la comisaría.

»La prensa siempre resulta hábil en enterarse del hallazgo de cadáveres, pero los detalles no han trascendido, o sea que un punto a favor de la investigación. Y así debe seguir mientras siga el secreto de las actuaciones decretado por su señoría. Que nadie suelte la lengua más de lo aconsejable, pero no os olvidéis de pinchar también a los periodistas, que llevan toda la noche entrevistando a gente. Si quieren información, les prometéis detalles en unas horas y me pasáis el contacto. Ya hablaré yo con ellos.

»En la casa no había señales de lucha. La forense asignada al caso es la doctora Claudia Trabado; ya sabéis que el doctor Martí Pons está muy liado esta mañana con los cadáveres de nuestro compañero y del indigente asesinados por la... —Flores busca una palabra adecuada para no mencionar la condición de agente de la ley de la mossa homicida— ... por la compañera de patrulla de Bastiot.

»Según el informe preliminar de la doctora Trabado, Miriam García ha muerto por asfixia al aplicar violencia sobre la prominencia laríngea. El instrumento que ha causado la muerte son las manos de su asesino o asesinos; ése es otro detalle que tendremos que aclarar. Tampoco se han encontrado otros signos aparentes de violencia en el cuerpo. Para finalizar, se han localizado restos de semen en el interior de la vagina.

Flores guarda silencio. El murmullo entre los agentes se alza en la sala, intercambiando impresiones. El sargento les da tiempo para asimilar toda la información y que anoten en sus libretas cuanto crean necesario. Mientras, rememora, por un momento, los instantes vividos en la escena del crimen.

La forense lo lleva a un lugar apartado del resto de agentes. A su modo de ver —le explica la doctora—, el caso puede tratarse de una muerte accidental: un accidente de tipo sexual. Entre algunas parejas desinhibidas, es más habitual de lo imaginado provocar la falta de oxígeno al cerebro mediante presión en la carótida, con la intención de obtener un orgasmo mucho más intenso en el curso de una relación sexual.

A Flores no le extraña la confidencia en ese momento, pero le pregunta su opinión sobre los motivos por los cuales la víctima aparece, entonces, con las piernas juntas y la cama sin revolver. La forense se limita a encogerse de hombros. Entonces, el sargento la interroga sobre el tipo de fuerza que se requiere para causar la muerte en una mujer joven, sana y activa. Y también sobre la posibilidad de que el cuerpo haya sido movido después de la muerte. Claudia Trabado vuelve a encogerse de hombros y le promete un informe completo para el mediodía siguiente; tiempo récord teniendo en cuenta el trabajo de esa noche.

Flores vuelve de su lapso y toma el hilo de nuevo.

Tendremos los detalles de la autopsia dentro de unas horas. —Los murmullos de los policías se acallan—. Hasta este momento tenemos abiertas todas las líneas de investigación posibles: violación, accidente sexual, violencia doméstica..., todo. Grau, encárgate de enviar a alguien de Científica a filmar la autopsia. Que se lleve al novato, para que vaya haciendo cuerpo. —Ahora sí, la sala se llena de risas y todos miran a Albert Fontanals, el agente en prácticas—. En adelante, el cabo Arnau Rabassedas se encarga de coordinar las declaraciones testimoniales. La cabo Sonia Mora asume la reconstrucción de las horas previas a la muerte. —Señala a los dos cabos—. Seguid con los casos que llevabais hasta ahora, pero esto tiene prioridad.

Flores mira a los ojos de todos los agentes presentes, esta vez pasando por encima de cualquier sugerencia a la sencilla estructura orgánica del cuerpo de los Mossos d'Esquadra.



—Que los cabos repartan el trabajo entre sus propios agentes. Quiero al autor durmiendo en la celda esta noche. Sé que podéis hacerlo, si no lo creyera no os lo pediría. No voy a tolerar comentarios jocosos sobre este caso, la relación de las dos tías, el paralelismo entre una flor y un capullo y esas mariconadas que os hacen reír como pajarillos en celo; para eso tenéis el pasillo y la intimidación del vehículo policial.

Flores guarda silencio de nuevo. Nadie habla. Nadie sonrío. Nadie murmura ni una sola queja.

—¿Alguna pregunta?

El sargento observa una vez más a sus hombres antes de dar por zanjado el *briefing*. Y como el destino tiene fama de ser caprichoso, en ese instante, el caso da un vuelco inesperado.

Daniel Oliu, el cazador de libros, se presenta en la comisaría de los Mossos d'Esquadra con una extraña mezcla de miedo y protagonismo que le agujonea el ego. Seguramente todo aquello será producto de la casualidad. Ha luchado contra el irrefrenable sentido del deber, recién descubierto. Ojalá no hubiera recogido jamás aquel libro. Ojalá pudiera olvidarse de todo, pero algo dentro de su ser le dice que si aquella nota manuscrita en la primera página del libro fue realizada por un asesino, tal vez él podía convertirse en picadillo de la aberrante imaginación de un loco.

Lleva el libro *El estrangulador* cogido por el lomo. Ha releído una y otra vez la nota manuscrita, sin dar crédito a lo ajustado de la predicción de aquellas pocas palabras. Un mosso de paisano lo llama desde una puerta azul al fondo del vestíbulo. Un instante antes, se lo ha explicado todo a un policía de uniforme. Le ha mostrado el libro mientras el mosso se hacía el aburrido. Cuando ha levantado la tapa de cartón anaranjado, el mensaje ha aparecido como un mazazo en la conciencia del mosso. Aquello ha bastado para que ahora lo atienda ese otro mosso de la secreta.

Sigue al policía por un pasillo interior largo y lleno de puertas, todas ellas azules. Se fija en que su destino es un despacho que ostenta en la puerta un rótulo impreso en papel reciclado con una inscripción que reza: UNIDAD DE INVESTIGACIÓN.

El corazón bate récords de esfuerzo en el cuerpo de Daniel. Suda de una forma extraña; siente frío y calor al mismo tiempo, como si tuviera fiebre. Está claramente nervioso y no puede

hacer nada por controlar esa desagradable sensación, mezcla de miedo y seguridad. Nunca hubiera imaginado que las entrañas de una comisaría de policía causarían una sensación tan desagradable. Se siente confuso, alguien en su cabeza grita desaforadamente su miedo. Mientras, otro alguien allí dentro le asegura que hace lo correcto y que está a salvo.

Daniel traspasa el umbral precedido del mosso. Todos los agentes se vuelven para mirarle y alguno que otro lo observa de reojo desde su mesa de trabajo. El corazón casi se le sale de la boca al pensar que alguna de esas personas puede ser un delincuente de verdad al que están a punto de interrogar. Todas aquellas personas visten de calle. Los hay con el pelo largo, recogido o suelto; otros están rapados al cero. Alguno le daría un susto de muerte de cruzarse con él en un callejón oscuro.

Hay un par de chicas muy guapas en medio de ese mundo que parece de hombres. En total son unas diez o doce personas. Su mente analítica de informático, inundada de sangre a la velocidad de 160 pulsaciones por minuto, no le permite resolver mejor la ecuación. En definitiva, se siente objeto de todas las miradas. Es consciente de que, a esta altura del cuento, suda copiosamente. Por primera vez empatiza con la voz interna que le dice que se está precipitando, pero ya está allí y no puede salir corriendo.

Entran en otro pequeño despacho, con media pared de vidrio, en el que se encuentran un hombre y una mujer. En la puerta reza: CAP UI: JEFE DE LA UNIDAD DE INVESTIGACIÓN. Por la disposición de aquellas dos personas en torno a la mesa de escritorio, Daniel adivina que ella es una subordinada de él. El mosso que lo ha acompañado en aquella pequeña excursión por las entrañas de la comisaría le presenta al sargento Flores y a su ayudante, la cabo Sonia Mora. Él mismo se revela como el cabo Arnau Rabassedas y le invita a tomar asiento y exponer el extraño motivo de su visita. Daniel se deja caer en la silla y mira directamente a los ojos del policía que le han presentado bajo el nombre de Flores. Tiembla ostensiblemente y los ojos se le llenan de traicioneras lágrimas que no acaban de rodar.

Daniel deposita en el escritorio el volumen de *El estrangulador*, suavemente y con el título legible para el policía. Éste no

deja de mirarlo, sin decir nada y sin coger el libro. El chico lo empuja con dedos temblorosos para dejarlo al alcance del investigador.

—¿Cuántos años tienes, chico?

—Diecinueve. Me llamo...

—Diecinueve años —repite el policía al mando, que se estira hacia atrás en su butaca—. Hay dos clases de pimpollos a esa edad: los Bollicaos y los Sobaos Pasiegos. ¿Tú cuál de ellos eres?

—Perdone, no entiendo bien.

—Que si eres un Bollicao o un Sobao Pasiego, joder, si no entiendes eso mal empezamos.

Daniel no puede contener el temblor de la mandíbula.

—No..., no conozco la diferencia.

El policía hace una mueca de fastidio. Apoya los antebrazos encima de la mesa y, con media sonrisa, espeta:

—Los Bollicaos van de chocolate hasta el culo, y los Sobaos Pasiegos tienen suficiente con un poco de leche, huevos y mucho menear. La diferencia es sutil, pero estoy seguro de que la entiendes perfectamente.

—Me llamo Daniel, Daniel Oliu.

—¡Coño! Como el Bond, James Bond... Sí, señor. —Después de la sonrisa a sus dos compañeros, que no le ríen la gracia, el policía lanza un puño sobre la mesa, al lado del libro—. ¿Qué coño significa esto, pimpollo?

—Encontré este libro en la Plaza de la Estación, inspector...

La voz de Daniel suena trémula, como si fuera zarandeado mientras habla.

—No me llames inspector, el cabo Rabassedas te ha explicado muy bien que soy sargento.

—Perdone, sargento. El libro..., contiene una nota escrita a mano, mire.

Daniel levanta otra vez la gastada portada anaranjada para desvelar la anotación que lo ha llevado allí.

Sonia se desplaza hasta quedar justo detrás de Flores. El sargento lee la nota en silencio, con el aliento dulzón de la mujer rozándole el cuello. Aquello le turba, pero deja a un lado su masculinidad en cuanto zigzaguea entre las primeras líneas de la nota manuscrita:

Voy a estrangular a una mujer en Vila-sacra. Vive con otra tía, pero a ésa no voy a matarla. Dejaré una flor fresca sobre el vientre de la puta para que sepas que he sido yo. Luego mataré a otra, y después a otra más. Lee el periódico cada día. Te avisaré de la próxima del mismo modo que ahora, y si no coges los libros iré a por ti. ¡Empieza el juego!

El sargento mira en silencio a Daniel; ojos astutos que registran pasiones en otros inquietos. Sonia y Arnau Rabassedas también se miran en silencio, sin atreverse a romper un silencio que pertenece a su jefe.

—¿Estás seguro de que tienes diecinueve años?

Daniel espera un segundo antes de responder.

—Sí, señor.

—Si esto es una broma te voy a partir la cara de una sola hostia —le advierte—, y quiero estar seguro de que no se la voy a tener que romper también a tu padre cuando venga a tocarme los cojones por haber golpeado a un menor.

—No, señor. —El nerviosismo de Daniel es una montaña rusa de sensaciones incontrolables. Baja la mirada y hace ademán de retirarse una legaña inexistente—. No, no se trata de ninguna broma, sargento. Encontré este libro en la Plaza de la Estación y leí la nota. Al principio no le di importancia, pero hoy he visto el periódico y me he asustado: dos mujeres que viven juntas en Vila-sacra; una muerta, la otra no. Por eso he venido. Me da un poco de miedo lo que pueda pasar, aunque usted también me da miedo, sargento.

—¿Cuántas veces has leído la nota, Daniel? —Flores trata de serenar su ira.

—No lo sé. Muchas veces.

Flores le pone delante una hoja en blanco y le entrega un bolígrafo.

—Repite lo que recuerdes de la nota en esta hoja y no fuerces la escritura.

—¿A cuántas personas le has explicado que tienes este libro, Daniel?

—Sólo a un colega que estudia conmigo. Él es el que me ha introducido en esto del Bookcrossing.

—¿El *Book* qué?

—Bookcrossing. Es una práctica muy extendida en todo el mundo.

—Entiendo.

Pero el policía parece no entender nada, ya que mira a sus dos ayudantes en busca de ayuda. Rabassedas se encoge ligeramente de hombros, pero Sonia asiente con la cabeza.

—Se trata de abandonar libros en lugares públicos para que los recojan otros lectores que después harán lo mismo, sargento —apostilla Sonia.

—No exactamente. —Todos miran de nuevo a Daniel, que puntualiza el comentario de la mossa—. «Abandonar» es desprenderse de algo olvidándose inmediatamente de su existencia, pero el Bookcrossing es una práctica, una especie de juego, por el que alguien deja o esconde un libro en algún lugar de la jungla...

—¿La jungla? —Flores parece cada vez más desconcertado con aquellas explicaciones.

—Sí, el espacio físico real. Cualquier lugar en el que un libro puede ser liberado es la jungla. El mundo se convierte en biblioteca global y libre; los libros, en viajeros vivos.

—Me tomas el pelo, ¿verdad, Daniel?

—Le juro que no, señor. Puede verlo en internet si quiere; existe una página web dedicada al Bookcrossing. Uno debe registrarse para convertirse en Cazador.

—Cazador...

—Oiga, sargento, estoy acojonado. Soy yo el que ha venido aquí. Le juro que yo sólo recogí el libro hace dos días en la plaza...

—Sí, eso ya me lo has dicho, en la Plaza de la Estación.

—Exacto. Cuando vi la nota no le presté mucha atención; pensé que se trataba de alguna idea cogida al azar de dentro del texto. Hoy, al ver la noticia, he pensado que todo esto va mucho más allá de una simple anotación.

—¿A qué te dedicas? —pregunta la mujer policía.

—Estudio informática de sistemas en la Universidad de Girona.

—¿Cómo supiste que debías recoger este libro?

—Ya se lo he dicho: un amigo practica esto del Bookcrossing. Como yo soy un lector habitual de ficción me entusiasmó

la idea de poder leer «libros viajeros» que han pasado por otras manos antes que las mías y llegarán a otras después de que yo los haya liberado. El espíritu de esta práctica es no dejar que los libros yazgan muertos en una estantería, sino que sean libres y útiles.

—¿Cuántos libros has recogido y entregado antes de éste?

—Éste es el primero. —El chico baja la cabeza, apesadumbrado. Abre los brazos en el aire y por primera vez permite que la voz se le quiebre entre lágrimas—. Ojalá no lo hubiera hecho.

—Bueno, chaval, no seas picha floja. —La poca sensibilidad de Flores ante el llanto compungido consigue que Sonia se aparte de él—. Espera aquí mientras nosotros comprobamos un par de cosas. —Flores se levanta de su asiento, recoge el libro de Daniel, la hoja en la que éste ha reproducido la nota manuscrita y el bolígrafo que le ha prestado para escribir. Después, con un gesto ordena a sus ayudantes que lo sigan—. Aún hay mucho de qué hablar.

—¿Va a tomar mis huellas del bolígrafo?

Los tres policías, que están a punto de cruzar la puerta del despacho, se miran primero entre ellos y después se vuelven hacia Daniel.

—¿Por qué piensas eso, Sobao Pasiego? —Al parecer, Flores ya ha resuelto por sí mismo a qué grupo pertenece Daniel.

—Ha recogido el bolígrafo por la parte de arriba y no se lo ha guardado. ¿Va a sacar mis huellas de ahí?

Flores sonrío y devuelve el bolígrafo al interior de su chaqueta.

—No, ja, ja, ja. Las huellas dactilares te las tomará enseguida un agente de la Policía Científica. Voluntariamente, claro, so pena de que yo te corte los dedos uno a uno.

—No, no. No me importa, de verdad, sargento.

—Que alguien lleve a Daniel *Bond* abajo —indica Flores al cabo Arnau Rabassedas.

—Gloria, por favor —el cabo hace venir a una compañera—, lleva al chico a Científica y que le tomen una reseña dactilográfica. De esto otro —ordena, al tiempo que le entrega el libro y la hoja en la que Daniel ha repetido la nota manuscrita— que comprueben los trazos de las dos caligrafías. Dile a

Grau, o al que encuentres si él no está, que el sargento pide máxima prioridad.

—Que contrasten las huellas con las que se encontraron en el apartamento de la muerta, Gloria, por favor. Diles que lo suban en cuanto tengan algo —apunta Flores, al tiempo que cierra la puerta de su despacho con el chico dentro—. ¿Qué os ha parecido la historia del pringao este?

Flores lanza la pregunta a Sonia y Rabassedas con aire taciturno sin esperar una respuesta concreta de ninguno de los dos, porque en su cabeza ya se ha formado una explicación para todas esas paparruchas del Bookcrossing.



**A**Daniel lo han devuelto al mismo despacho desde el gabinete de Científica en menos de diez minutos, tiempo de sobra para que un policía con bata blanca le tome las huellas dactilares de ambas manos: los diez dedos y las dos palmas. Toda una experiencia que le ha levantado el ánimo, aunque sigue mostrándose cauto con sus emociones, porque aquel sargento lo pone contra las cuerdas con sólo mirarlo.

—Está asustado, Flores. —Sonia mira a Daniel a través de la ventana de vidrio—. Quieto y sobrecogido como un conejo deslumbrado por la linterna de un cazador.

—Estoy de acuerdo. —Rabassedas asiente con la cabeza.

—Lo que dice el chico y peor aún, lo que aporta, no trae nada bueno a esta investigación, lo sabéis, ¿verdad? —Los tres están sentados a una mesa llena de atestados policiales. El sargento no espera a verlos asentir—. Vamos a llevar esto con cautela hasta que tengamos algo concluyente. No me gustan los cabos sueltos, pero me resisto a pensar lo que parece que trae el chaval. Arnau, tú te ocupas de la investigación por los cauces habituales: entorno de la víctima, resultados de la autopsia, circunstancias de la muerte desde el punto de vista del móvil pasional o del accidente sexual. Dejaremos al margen el interés económico, puesto que no hay signos evidentes de violencia en el domicilio que nos haga presumir un robo, un atraco o una violación.

—¿Eso además de encargarme de la coordinación de las declaraciones testimoniales?

—Sí, a menos que me digas que no puedes con ello.

—Claro, pero es que además llevo dos atracos a gasolineras, una estafa por internet, otra de los instaladores de butano y ocho robos con fuerza en interior de vivienda.

—Sonia, ¿y tú, con qué estás en estos momentos?

—Nada importante; estamos a punto de pasar a disposición judicial a la mossa que ha asesinado a Bastiot y al indigente. Se ha acogido al derecho de declarar ante la jueza y por tanto se ha negado a hacerlo aquí.

—¡Joder! Me lo tenías que haber dicho, a ésa le faltan un buen par de hostias bien dadas.

—Está bien pillada, Pep, no vale la pena arriesgarse a que acabe denunciándonos. Está como un cencerro. Hay declaraciones de todos los compañeros de su grupo y ahora no se entiende cómo pudo pasar toda la oposición y las prácticas. Los de Asuntos Internos han llegado a primera hora y han asumido el traspaso de las diligencias.

—¿Quién ha venido a encargarse de eso?

40

—Dos cabos. No los había visto antes. Ya sabes que, con el cuerpo absolutamente desplegado, han aumentado considerablemente su plantilla.

—Sí, el infierno se expande. ¿Qué más llevas?

—La desaparición de una mujer denunciada hace cuatro días por su marido.

—¡Hostia! Me había olvidado por completo. ¿Cómo está eso?

—Estamos en ello. Controlamos las cuentas bancarias y esperamos datos de las agencias de viajes. Se ha interrogado ya a todos los vecinos y amigos y empiezan a aparecer algunos datos muy interesantes.

—¿Como qué?

—Al parecer, el matrimonio no funcionaba muy bien. Cuando el marido no estaba, ella recibía visitas de amigas con las que tomaba el sol en pelotas en la terraza.

—¿Y eso qué tiene de raro? Joder, a la gente se le va la pinza.

—Bueno, a la señora se la ha visto en actitud cariñosa con alguna de esas amigas. Hemos encontrado un *voyeur* entre los vecinos...

—Cómo está el patio; nunca mejor dicho, je, je, je. ¿Y al pajillero ya le has dado de hostias?

—¿Para qué? Yo creo que ellas disfrutaban poniéndolo a